





MAGNIFICENS  
CANCÚN



Luciano Núñez

MAGNIFICENS  
CANCÚN



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Luciano Núñez

ISBN: 979-13-87814-58-8

ISBN digital: 979-13-87814-59-5

Depósito legal: M-14287-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis hermanos y hermanas  
de sangre y vida*



# PRIMERA PARTE



## AVENIDA JOSÉ LÓPEZ PORTILLO, CANCÚN, QUINTANA ROO

No sé cómo has podido entrar,  
cuando no existe llave para abrir esta puerta.

JUAN RULFO

Más cerca del autodesprecio que del orgullo, Bruno Marín conduce por la avenida José López Portillo de Cancún. Las luces rojas del auto de adelante centellean y apagan la marcha de la fila. En esa espera estéril va reprochándose qué lejos está de ser quien alguna vez soñó. Se lo repite una y otra vez, aislado en la cápsula de su Honda Civic del año. Lo hace de camino a un retiro espiritual por consejo de su amiga Érika. A ella le confesó que se siente de la chingada o para la mierda, según desde dónde se mire, porque tiene dos patrias: Argentina y México, o dos vidas mal partidas a la mitad, como suele renegar.

No es por aburrimiento ni por asuntos religiosos que va a la Ciudad de la Alegría, sino porque se ha diagnosti-

cado una persistente resaca moral. Se achaca la creciente soledad de una vida mediocre, lejos de su tierra y sus afectos. Y una voz interior le reprocha el fracaso que ha construido disfrazado con un poco de dinero, porque siente que su vida sigue a la deriva, como lo estaba desde su punto de partida, hace ya cinco años.

Un recuerdo inconexo, una frase, un aroma pueden soltar un llanto incontenible. ¿Será mejor el psiquiatra o la fe?

El gusto metálico del café hace que reviva con mayor nitidez la escena de aquel curso de liderazgo. Le había tocado hacer un ejercicio con Érika y no recuerda si llegó a su lado por azar o porque prefería sentarse cerca de la pizarra para ver mejor.

Nunca entenderá esas triviales decisiones de la vida cotidiana que terminan en giros determinantes. Va por la avenida rumbo a Mérida, a las afueras de la ciudad y la mañana es calurosa y húmeda. A la derecha están los puestos de las tortas ahogadas y los tamales en ollas gigantes, un cartel para eliminar los piojos de manera efectiva y ferreterías a medio terminar. Terrenos en venta. Si siguiera derecho daría justo con Plaza 21, la zona rosa de Cancún; pero mejor no, hoy no.

Descarta también la idea de abrir la ventanilla cuando imagina que se colarían los olores a fritura de los puestos. Durante la mañana necesita pureza, claridad, porque es su momento de estructurar el día y pensar en todo, resolver lo que hay que resolver y hacer llamadas.

Se estira para tomar el termo y enciende la radio que va en *random* de la música de banda al pop y a una emisora cristiana.

«Pregúntate: ¿en qué tipo de persona te has convertido?», dice el locutor y salta el dial a *Don't Dream It's Over*.

«Justo ahora me viene a decir esto. Parece que todos los caminos conducen a la Ciudad de la Alegría —piensa para conformar con las manos un cartel imaginario con el nombre del lugar—. Un nombre que parece una broma de mal gusto para nosotros, los enfermitos; una mala publicidad para el alma corroída. Pero tampoco podría llamarse Ciudad de la Tristeza. Más bien, podría ser Ciudad de los Remendados. Así andamos, remendándonos a cada rato» se figura.

Su auto se suma al tren informe de vehículos y, en la esquina de la última gasolinera de Andrés Quintana Roo, duda si todavía no es mejor seguir viendo películas y leyendo, masturbándose en la siesta y autoapiadándose para que todo siga su inexorable pendiente al deterioro.

Da unas órdenes de información a los reporteros desde el teléfono y siente que tiene mucho por hacer aún, que el día tiene ritmo y le sobra tiempo para llegar al retiro.

«Hay que bajar del caballo a Mandor, que está ensoberbecido y ciego por la senaduría —le ordena a Adriana con una llamada breve y clara—, y también busca los presupuestos de gasolina de Solidaridad que están inflados, según me filtró una fuente».

Alcanza a leer los titulares del día por el sistema de información y monitoreo, y verifica que todo marche con normalidad antes de internarse.

«Yo, Bruno Marín, el periodista de círculo rojo, ¿yendo como paciente a un retiro espiritual y no a hacer un repor-

taje de esta farsa? ¿Quién te ha visto y quién te ve, Brunito?», alzó la voz en la soledad del auto, porque en el fondo todo le parece una mentira o un negocio bien montado por la Iglesia para facturar 1,500 pesos por persona.

El precio no está en el folleto laminado, que viene con frases que aseguran que es posible tomar el verdadero control de tu vida: «Descubrir para qué vinimos al mundo». Y lo atraviesa de nuevo esa mirada de estupor, sus lágrimas inexplicables junto a Érika y se desafía:

«¿Por qué no, *chingao*?».

Ya saliendo de la mancha urbana abre la ventana y siente el olor a sotobosque que baja de la selva cercana, donde la ciudad comienza a ser derrotada por una vegetación mediana de palmas chit, arbustos y árboles con plantas parásitas. Hay calles recién arañadas por las máquinas que conforman un rayón gris en la mancha verde. Lo animales de la selva han huido.

Sigue por la extensa avenida que separa —en una línea imaginaria— la pobreza de la riqueza de Cancún, cuando se confirma a sí mismo que se quedará.

Estará rodeado por las altas paredes manchadas de negro y plantas trepadoras, en un conjunto de casas viejas de dos pisos construidas en los años noventa por la Iglesia católica.

Se hicieron con el apoyo de un grupo de empresarios del Opus Dei, donde va a parar esa borrasca de gente chocada de Cancún: sidóticos, enfermos terminales y espirituales, desahuciados y vagabundos, sin contención familiar ni de gobierno.

Detiene la radio en un programa para distraerse.

—Cancún ya casi no tiene playas, las ráfagas de *Wilma* se llevaron los arenales a Veracruz —detalla el locutor—; de las cinco entradas al mar que quedaban, dos están llenas de sargazo.

«¿Qué será de este destino sin playas?».

—No me diga, Reynoso, hace meses que no voy a la playa —le contesta con sorna al locutor.

—El paso del huracán *Wilma* se llevó los arenales depositados en los años setenta y los dejó cerca del puerto de la heroica Veracruz, en una isla que ahora todos llaman el *Cancuncito*.

En silencio piensa que es una ciudad artificial siempre empeñada en ser un espejismo. Percibe el día con una inusual extrañeza en las calles, en los árboles, los autos y los pájaros, como si de repente su realidad fuera el esbozo de una maqueta. Se siente alienado.

«Cancún no es una ciudad para débiles ni para sentimentales», recuerda con el termo en la mano la frase de Érika, y la repite en voz alta para convencerse de que se quedará en el retiro mientras dobla entre el tráfico cada vez más apiñado.

«¿Cómo vine a parar en esta ciudad caribeña en medio de la selva?», se pregunta y encuentra que siente una extraña fascinación y temor por Cancún.

En el último mensaje que llegó a su celular se lee: «Busca a Onofre cuando llegues, él te estará esperando para guiarte. Éxitos».

Avanza lentamente en el auto negro y alcanza a ver el portón de hierro y al lado está el cartel: «La Ciudad de la

Alegría», no tan esplendoroso como se lo había imaginado, más bien, precario. Tiene que identificarse en la caseta y se detiene para repensar si está tomando una decisión acertada, mientras la radio entrega el conteo de ejecutados por el narcotráfico y resucita con más vigor la duda: ¿psiquiatra o fe?

«Tómalo como si fueras a hacer un buen reportaje. No perderás nada usando unos días de tu vida para esto», le aconseja su voz interior.

Se detiene a identificarse y aprovecha para sorber más café, cuando alcanza a ver una estrella solitaria. La ve titilar con la fascinación de quien mira —o quiere ver— algo superior en esa luz mortecina; después recuerda que muchas de esas luces ya no existen, que son la ilusión de un largo viaje estelar de luz. La palabra le recordó a Estela, quien quedó petrificada en su recuerdo del último café, antes de marcharse de Tucumán. Le asusta que todavía su nombre se abra paso cortando el presente con un filo poderoso y caliente. Se pregunta si estará allá. Qué habrá sido de su vida después de que se separaron.

—Su identificación, señor periodista —le solicita el guardia, vestido con uniforme blanco y gorra, quien le extiende la mano y una sonrisa con algunas fundas metálicas—. Siempre lo leo en *El Caribe*. Escribe lo que uno quisiera decir —agrega.

—No se crea todo. Uno a veces puede decir algo, la mayoría de las veces no. De todas maneras, gracias —responde Bruno orgulloso, porque hacía meses había publicado una novela con tintes políticos que causó revuelo en el estado.

Se pregunta si en el retiro habría personas conocidas y si todavía había forma de retroceder a la zona segura de su rutina de trabajo. «Pienso que debe haber algo más que esto que tengo», se repite. Lo empuja a avanzar la certeza de sentirse vulnerable, débil y perdido regresando a su departamento de la Supermanzana 32. Envía un mensaje a Onofre, quien le contesta de inmediato, como si hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

Alcanza a verlo de lejos y corresponde con fidelidad al tipo que se había imaginado. Una persona con ese nombre, ya nace viejo. Tiene canas brillantes como escamas en toda la cabeza, pero no debe tener más de 45 años. Será su guía. Fornido y risueño, chaparro y moreno, le hace señas desde lejos para que se estacione. Diligente, se apresura a ayudar con el único equipaje que lleva y sonríe, sin chiste de por medio.

—Me encargó mucho Érika que esté al pendiente de usted —le dice mirándolo afable a los ojos, como si fuera a contratarlo para su empresa de Dios.

—El *service* espiritual incluye las maletas y un recorrido —intenta bromear Bruno.

—Claro que sí, periodista. Lo llevo a dejar la maleta y lo presento con los demás —dice marcando el paso, siempre medio metro delante, con el entusiasmo de un niño.

La construcción tiene un arco principal en la entrada, con amplios corredores de baldosas amarillas que conducen a una capilla. Los techos son de tejas y las paredes están o ennegrecidas o acaparadas por enredaderas que le dan un aspecto lúgubre, de castillo enano, en el que sobresalen palmeras como cúpulas.

Allí está la Virgen de Guadalupe y lo que llaman el oratorio. Las clases a las que asistirá se imparten en salones que están preparados para albergar a unas 80 personas con pupitres para dos.

—Esto es como la escuela, cuando suene la campana hay que entrar a clase —explica Onofre.

—Siempre me gustó más la campana para salir que para entrar; es más, el que la toca se ensaña más con la segunda —le contesta, intentando empatizar.

Apenas alcanza a tomar un café con galletas de coco cuando suena la campana y todos entran al aula entre miradas de distante reconocimiento.

Una muchacha joven lo saluda con el gesto triste, una sonrisa fingida y la mirada estática. De inmediato se arman grupos en esa fascinación animal de conformar manadas. Se sienta junto a Onofre y, mientras les entregan las hojas y la pluma, entra quien estará a cargo del retiro. Es alto y calvo y está al lado de una monja. Estudió Teología y, según dice su currículum, tiene el don de la imposición de manos. Forma parte del ala de investigación del grupo carismático.

—Formen círculos con grupos de 10 en 10, de hombres y mujeres por separado —ordena en el arranque, parado con una cruz muy visible de madera que cuelga en su pecho, un rosario enredado en la mano derecha, camisa de mangas cortas y un atrio a un costado.

Con esmero escruta al grupo en el que hay jóvenes de entre 18 y 30 años, otros más canosos —como Onofre—, y dos que con seguridad superan los 40, como Bruno.

—Mi nombre es Rogelio y por algo han llegado tanto ustedes como yo hasta aquí. Les doy mi más cordial bienvenida y espero se sientan a gusto en las instalaciones, con la protección de Dios y el Espíritu Santo. Lo primero será conocernos. Por eso les voy a contar mi historia, y así les pido que lo haga cada uno de ustedes —dice ubicado en el centro de la rueda.

La historia de Rogelio comienza con el precoz ingreso al alcohol y una confusión sobre la sexualidad, sigue con las drogas y termina con las visiones que tuvo de la Virgen, en un encuentro que cambiaría su vida para siempre y que lo llevaría hasta la Iglesia. Hace una fugaz narración de sus inicios en las prácticas de exorcismo y todos levantan la cabeza.

No pensó que el retiro comenzara con la crudeza que percibe. Imaginó a hombres y mujeres asolados por la rutina del trabajo, en el banco o la panadería, la soledad migrante o el pesar de una muerte familiar inmerecida; pero se siente sorprendido, sobresaltado por un pensamiento oscuro que lo envuelve, como si el mal estuviese supurando una infección en este grupo de seres humanos.

Antes del turno de Bruno hay otras tres personas. Un flaco de lentes que dirá que tiene Sida y está sin cobertura médica, que no tiene familia y que vive en la casa de un amigo que lo alojó por unos días. Cuenta que había salido desde Tabasco a buscar trabajo y que acabó trabajando en un hotel de Solidaridad, y de ahí, con dinero y una sofocante añoranza, a la espesura de la noche de Playa del Carmen.

El otro narra, con una mueca dura en la mirada, que se siente mal porque había estafado a su hermano en el negocio de computadoras que habían montado juntos; que se había separado de su mujer por una infidelidad (al parecer también tuvo que ver su hermano), al menos eso entendió Bruno, que va sintiéndose más aliviado en medio del tamaño de tantas desgracias ajenas.

El tercero no arranca su confesión inicial. Talonea en el piso con la pierna derecha con repeticiones intermitentes. Parece que va a estallar o a salir corriendo.

—Todos tenemos aquí una historia, nadie te va a juzgar —lo alienta el guía.

—Pues yo... balacé en una cervecería... —alcanza a decir el moreno de cabello duro y cuerpo macizo y se detiene—. Me mandó un político a darle baje a un periodista, pero no pude... No porque no pueda, sino porque se peló —dice y se percibe un cambio en la posición de los demás.

Nadie lo mira, pero todos saben que llora, porque se seca las lágrimas y no dice más.

—Vamos a hablar de eso después. El que sigue, por favor —Rogelio hace como si nada hubiera pasado y gira la atención hacia Bruno.

—Hola a todos, soy Bruno Marín —arranca y se queda pensativo—. Escuchando aquí, pues, lo que han contado los compañeros, les parecerá una nimiedad lo mío. No puedo decir que haya matado a alguien, pero siento que me he matado a mí mismo: me he traicionado...